

HASTA EL FUEGO CREE TENER SOMBRA de Laura Mainer

Romea

Aún recuerdo los ojos de aquel niño que me miraban, como un mar mira a un monte. Aquel brillo azulado de su iris, pasó fugaz e inadvertido, por el movimiento sincrónico del vaivén de los acontecimientos.

Era un sábado nocturno y frío. Los peces del río, cercano al pueblo, tiritaban de escarcha. Los vecinos estaban todos reunidos alrededor de una enorme hoguera, situada en mitad de la plaza, que hacía resplandecer los balcones colindantes y derretía el hielo acristalado de las enredaderas. Pero el motivo de la hoguera no era el festejar, como otros años y en otras fechas, sino que se trataba de una petición "ante mortem".

Nadie sabía quién era el fallecido, pese a lo pequeño del pueblo, aunque hubo, como no era de extrañar, multitud de conjeturas. Tampoco se sabía muy bien quién había sido el efector de todo aquel montaje, ni a qué fin lo había llevado a cabo.

Yo por entonces, trabajaba en una empresa cercana, con intención de no quedarme más tiempo del necesario. Así pues, como extraño que era, no sobraron las teorías que me incluían. Pero, en cualquier caso, yo también había estado pensando en el tema y me daba la impresión de que, cada vez que lo pensaba, me alejaba más de la pura, y a veces simple, otras compleja, realidad.

Cierto era que, dos vecinos en concreto, no fueron vistos desde hacía ya unas semanas. Un hombre y una mujer, de mediana edad, que vivían en lo alto de la calle mayor. Alrededor de la hoguera, la gente murmuraba sus nombres, quizás había sido una desgracia, una tragedia para alguna de las partes, o las dos. Otra opción que se barajaba era la de aquel hombre, que nunca llegue a saber su nombre real ya que cada uno lo nombraba por un mote distinto, cada cuál más despectivo que el anterior. De él sabía poco, aunque creo que como cualquier otro vecino. Vivía en lo alto del monte y apenas se le veía por el pueblo. Pude oír, ya de antes, que no era muy amigo del ser humano e, incluso, que había estado un tiempo viviendo con los lobos. De repente pensé, como un estúpido, pero con aquella idea infantil que nos viene a veces, de improviso y sin avisar, que algún lobo se había dado un festín. Aunque no fui el único y siempre he creído que son estas cosas las que nos unen con nuestro niño interior.

Pero había una tercera opción, no sé si más descabellada, y es que se ve que había cierto vecino con supuesta tendencia suicida, al que tampoco se le había visto en días.

Al final tuve que sentarme un momento, porque tantas voces, tantas conjeturas, me habían provocado un fuerte dolor de cabeza. Fue entonces cuando apareció el

alcalde, con carta en mano... "Miren, que hemos encontrado al autor". Todo el mundo se agolpó procurando estar en primera fila. Yo me acerqué, como no, con cierta curiosidad. El alcalde comenzó a leer, a un ritmo pausado... "Ni lo creerán, ni lo dejarán de creer, que si no ha muerto este, habrá muerto aquel."

Se ve que el pobre alcalde sólo había pretendido llamar la atención, puesto que era evidente que nada decía aquella nota. En ese momento, me recorrió por la espalda un frío serpenteo, como si un lagarto helado se encaramase hasta la cima de mi nuca. Pero no fui el único, porque el resto de vecinos también parecían alarmados. Podía ser que, quizá, todo hubiese sido una treta, un truco, y las intenciones del autor fuesen otras. Pero era demasiado surrealista como para ser real, quien iba a programar un asesinato de aquella manera, idea más propia de una novela. No fui el único en comentarlo y aunque opiniones no faltaban, y había un cierto atisbo de miedo, nadie se canteó.

De repente, voló por encima del tejado una nota en forma de avión, que aterrizó, no sin cierto peligro, muy cerca de la hoguera. La nota rezaba lo siguiente: "Adivina adivinanza, ¿quién tiene razón y quién mete la pata?". Aquello se había convertido de repente en un inquietante juego y aunque, tras esto hubo pocos, verdaderamente pocos los vecinos que decidieron marcharse, la mayoría nos quedamos expectantes por ver qué ocurría.

Las teorías continuaron brotando, como bien lo hacían las largas lenguas de fuego con las que la hoguera catava los suspiros de la noche.

Tenía que ser algún gracioso, algún liante y aburrido personaje el que estuviera detrás de todo esto. Por un momento, multitud de absurdas teorías me vinieron a la mente, desde que formábamos parte de un experimento social, hasta que no éramos más que una gota de tinta de un tintero inmenso, y que había alguien escribiendo ciertas majaderías a su merced.

La tercera nota llegó algo babeada por un perro: "Las cosas funcionan así, no todo puede saberse, mientras se puede vivir".

Se acentuaba nuestro temor por momentos. Nadie sabía el porqué, ni el cómo, ni el cuándo, ni el que... La incertidumbre se había vuelto pesada, densa, ya no era pura curiosidad lo que nos invadía por dentro, ya no eran meros chismorreos, era, en cierto modo, un extraño miedo al no saber qué iba a pasar ni por qué había pasado. En ese momento un simple acto de conmemoración se había convertido en una agobiante congregación sin sentido. La hoguera había ocupado todo el espacio, en cierto modo, pero seguía haciendo el mismo frío o más que antes de encenderla.

De repente, un estruendo cortó el silencio. Un sonido penetrante y agresivo segó todas las voces a la vez, mudos, todos mudos por un instante. En un principio no hubo apenas movimiento, pero todo empezó a descontrolarse en apenas unos segundos. La gente empezó a correr, pero yo no pude moverme. Frente a mí la hoguera chasqueaba sus dedos, y hacía silbar al viento enloquecido. Y frente a mí también los ojos de aquel niño, azules, que esperaban a que le revelase algún secreto, algún saber, quizá el de cuál era el sentido de esta vida o puede que solamente buscara saber mi nombre, quién sabe. Creo que entonces algo en esos ojos tan limpios me hizo recordar, por un instante, los misterios que traen las

profundidades del mar, como un pozo eterno, infinito, inconmensurable, inalcanzable. Mi cabeza daba vueltas, en aquel momento pensaba, pensaba en tantas cosas, buscaba una explicación, por lo ocurrido, lo del niño... Me planteé incluso qué hacía aquí y que haría en un futuro, si es que lo había. Entonces, aquel niño me dijo: "Es una broma, ¿verdad que sí?". Y no pude evitar reírme por todo.